

SEIS MONEDAS

Gonzalo Tomás Salesky Lascano - Córdoba (Argentina)

Finalista de Relato Corto del

I Concurso Internacional de Relato Corto y Poesía "Caños Dorados"



- La guiadora está en la puerta, señor.

- Hágala pasar, por favor. ¡Vamos!

La lluvia entró por un segundo en el vestíbulo. El mayordomo abrió y cerró la puerta rápidamente, para evitar mojarse.

Ella entró, cerró su paraguas y se quitó el piloto. Saludó cortésmente al dueño de casa.

- Buenas tardes, señor. ¿Cómo amaneció?

- No tengo tiempo que perder. Necesito que empecemos ahora.

Pasaron a la habitación. Él se acostó en su cama recién tendida, sin taparse. Ella se sentó en una pequeña silla, a su izquierda, como siempre. Quince minutos después, comenzaron a soñar.

Él caminaba por un jardín repleto de ángeles, tal vez recuerdo de un cuento de su infancia. Nubes verdes cubrían el sol. Los árboles, blancos y negros, se movían a su alrededor como caballos de ajedrez. Luego de unos segundos de vértigo, escuchó la voz de ella acompañando cada paso.

Siga el camino de flores, sin detenerse.

Él obedeció sin mover los pies, suspendido en el aire por dos pequeñas alas que salían de sus tobillos. Voló de esa manera hacia el sendero y llegó hasta el final. Un gran precipicio que nacía a unos metros de allí le dio pánico. El cielo se había oscurecido, alcanzando un tono púrpura, como empapado de sangre.

No tema. El fuego va a alumbrarlo en su descenso.

Y así fue. El calor y la luz lo acompañaron por la escalera de mármol que bajaba, en círculos, rumbo al infierno. En menos de media hora, él logró encontrar lo que buscaba desde hace tanto tiempo. Y despertar en paz.

§§§

Mientras volvía a su pequeño departamento, la guiadora repasó en voz baja el nombre de los pacientes que esperaba ver al día siguiente. ¿O debía llamarlos clientes? Sus colegas preferían nombrarlos de esa manera, quizá porque elegían no involucrarse tanto.

Su cabeza estaba a punto de estallar. Se estresaba al pensar continuamente en su horrible trabajo, respetado por pocos, y muy mal pago.

Además sentía el riesgo y la presión de jugar con fuego a cada momento.

Entró agotada, tiró el paraguas a la basura y guardó el piloto, ya seco, en el armario. Mientras veía el retrato de su familia en la mesa de luz, junto a su cama, volvió a recordar ese sueño, tantas veces repetido.

Desde pequeña revivía continuamente esa misma pesadilla. En la oscura plaza de su pueblo natal, sus padres la abandonaban. Ella -una niña de solamente ocho años- había descubierto, después de mucho tiempo, la forma de hallarlos: allí mismo, en la hierba, debía acostarse y soñar con ellos. Sólo así volvían a aparecer. Cuando lo lograba, se presentaban en su sueño, de nuevo en la plaza, regresando por ella. Pero su hija ya no estaba allí. Era imposible que la vieran, que se encontraran los tres en el mismo lugar, en la misma dimensión del sueño. No podían verla, ya que estaban dentro de la imaginación de la pequeña. Y ella ya no tenía forma de entrar allí.

¿Por qué no pueden verme? ¿Cómo seguir? ¿Acaso ellos también tendrían que soñar conmigo?

¿Cómo haré para verlos siquiera una vez más, cara a cara? Quizá lo que veo por las noches solamente sean recuerdos, del pasado o del futuro.

Si sólo hubiera podido despedirme, antes del accidente... Debería contratar un guiador para mí.

Con lágrimas en los ojos, se sonrió por su ocurrencia.

§§§

Mientras miraba la luna llena por la ventana, terminó de darle forma a una idea loca que rondaba continuamente su vigilia. ¿Podría arriesgarse alguna noche? Según viejas leyendas, algunos guías habían querido hacerlo. Ser sujetos y objetos al mismo tiempo, guiadores y pacientes, protagonistas y espectadores. Pero sin salir con vida del intento.

¿Valdrá la pena?



No quiso quedarse con la duda. Se acostó de lado, frente al espejo ubicado a la izquierda de su cama. En pocos minutos, comenzó a dormir, tratando de encontrarse, de abrir esa puerta cerrada por años. De ubicar en su mente aquel sueño, de descubrir a sus padres nuevamente.

Por fin pudo dormirse. En segundos, quizá en horas, vio pasar todas sus pesadillas, una a una, delante de sus ojos. Sus cuentas pendientes, sus secretos más profundos, su oscuridad. Tenía conciencia de que había empezado a gritar y llorar en voz alta, como un bebé, pero no le importaba. Ya no tenía alguien en su cama para acompañarla. Esta vez nadie podría escuchar ni despertarla.

En ese viaje sin tiempo, volvió a ser pequeña de nuevo. Esperaba, en aquella plaza oscura, que vinieran a buscarla. Todo seguía igual. La estatua, los juegos, el césped húmedo tocando sus pies descalzos, su vestido rosa...

Como siempre, no volvían por ella. Y comenzó a intentarlo. Trató de guiar a esa niña angustiada, de ojos de chocolate y cabellitos rubios. La acostó en el suelo. Poco a poco, en silencio y con las manos en su frente, logró hacerla dormir, provocar otro sueño profundo y entrar en él. En esa imagen forzada al límite, sus padres regresaban a buscarla.

Con mucho esfuerzo, logró dormir a ellos también y hacerlos soñar con ella. Y así, por fin, en los sueños de su sueño, pudo reencontrarse con su familia. Abrazarlos, besarlos, decirles cuánto los quería y extrañaba.

Ahora, aquella niña y esta mujer ya no lloraban, ya no sufrían. Dormían y soñaban, reían y descansaban en paz, en familia, como hace tanto tiempo no ocurría.

§§§

Cuando llegó la hora, cerró con seis monedas los ojos de los tres, para evitar que despertaran de ese instante pleno de felicidad, anhelando que durase para siempre. Los vistió con las mejores ropas, los abrazó por última vez y se preparó para regresar.

Después de despedirse contó hasta diez, como tantas otras veces.

1... 2....

¿Podré despertar ahora?

4... 5... 6...

¿Qué

8... 9...

Cuando abrió los ojos, nada en su vida volvió a ser como antes.

